

EMILIO GARCÍA GÓMEZ Y LAS BUENAS LETRAS *

por FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA

Personalidad de Emilio García Gómez

Imposible resulta, en el breve espacio que se me ha asignado en este Homenaje a don Emilio García Gómez, trazar siquiera un breve resumen de su personalidad conjunta. Nacido en Madrid el 4 de junio de 1905, durante los noventa años de su vida realizó numerosas actividades que han tenido un denominador común: el servicio de la cultura española desde su condición de universitario, sabio conocedor de la lengua árabe y su literatura, sobre todo en la parte referente a Al-Andalus. Discípulo vocacional del eminente maestro don Miguel Asín Palacios, recordaría así la primera impresión que le produjeron sus lecciones y que fueron la llamada de su vocación: «Lo que me atrajo de Asín fue la mezcla, en él paladina, de una materia exótica tratada con los más rigurosos métodos occidentales» ⁽¹⁾.

* Discurso leído en el acto en recuerdo del Excmo. Sr. D. Emilio García Gómez el 27 de octubre de 1995.

(1) Emilio GARCIA GOMEZ, *Tres discurso y dos prólogos recientes 1972-1978, precedidos de una semblanza de Manuel HALCON y seguidos de dos epílogos de Manuel de la QUINTANA. Ilustraciones de José Sader*, Madrid, Club Orbis, 1979, «Discurso ante la Universidad de Granada» (1975), pág. 19.

He aquí un punto de partida en la vida y en la obra de don Emilio: fidelidad a su condición occidental, europea y española, compatible con el grandísimo esfuerzo de su dedicación a un mayor conocimiento del Oriente en un dominio determinado de su gran extensión, el propio de Al-Andalus.

Esto lo llevó, en su grado más aparente desde el punto de vista de su personalidad social, a ser embajador de España en el Irak, Líbano, Turquía, y ministro de España en Afganistán de 1958 a 1969, pues entonces mejor representante de nuestra nación y cultura cerca del mundo árabe no podía haberlo; fue lo que él llamó su «aventura diplomática». Y en su grado más efectivo, más real, del que se benefició un gran número de estudiantes que luego llegaron a profesores y diplomáticos, se encuentra su enseñanza como catedrático de árabe en las Universidades de Granada (desde 1930) y de Madrid (desde 1935 hasta 1975), un ejercicio didáctico de cuarenta y cinco años. La lista de su aportación al arabismo español y su valoración queda para obras (libros y revistas) especializadas.

Una frase suya nos da la clave de cuál creía que era su labor primordial, afirmada sobre el firme conocimiento filológico del mundo árabe: «Su misión esencial —se refiere a lo que él propone como propio del arabismo español— acabada (...) en 1492, y (...) debía consistir en los brillantes temas fronterizos y a caballo entre las dos civilizaciones...» ⁽²⁾. Y esto lo percibieron pronto los que conocían a fondo estas cuestiones, como Ignacio Kratchkovsky que, reseñando la obra de García Gómez, escribió que caracterizaba a los arabistas españoles «el saber escoger y dilucidar temas cardinales que sean de un valor igual desde el punto de vista del Oriente y del Occidente, temas que derraman una luz nueva sobre la historia íntima de la Europa medieval en general» ⁽³⁾. Desde sus primeros libros, la obra de García Gómez es indispensable tanto para el estudio de la literatura árabe, como

(2) Idem, pág. 20.

(3) Citado por Miguel ASIN PALACIOS en su contestación al discurso de Emilio GARCÍA GÓMEZ, **Ibn Zamrak, el poeta de la Alhambra**, Madrid, Real Academia de la Historia, 1943, pág. 91.

para el conocimiento de las literaturas hispánicas del periodo medieval.

Y esto lo hizo con sus trabajos y también dirigiendo una revista que él fundó y en la que publicó gran parte de su investigación personal, titulada *Al-Andalus*, desde 1932 a 1982; de esta labor él se sentía orgulloso, pues, contando con su modestia, escribió de ella que era como «obra que siempre, cargando el acento en lo que tiene de colectiva y anónima, considero la menos mala de mi vida»⁽⁴⁾. Y eso para él era decir mucho.

Cátedra, investigación, promoción de la revista; y queda luego su labor en las Academias, por las que se sentía atraído. Fue académico de número en la Real Academia de la Historia (3 de febrero de 1943) y director de la misma (desde 1989 hasta su muerte en 1995); y también de número de la Real Academia Española desde 1945. Y lo fue siempre con una participación efectiva que animó la vida colectiva de las mismas.

También fue académico correspondiente o de honor de las Damasco (1950), Iraq (1954), *dei Lincei* de Roma (1958), Marruecos (1980); y de las españolas de Córdoba, Granada, Barcelona y de la nuestra de Sevilla.

Diversas entidades culturales de prestigio lo tuvieron como miembro: el Instituto de Egipto (1952), The Hispanic Society of America (1953), la Unesco (1955); fue fundador del Instituto Hispano-árabe de Cultura de Madrid (1954), etc.

Lo recibieron como *doctor honoris causa* las Universidades de Burdeos, El Cairo, Granada, Córdoba y Sevilla. Y a esto habría que añadir las menciones honoríficas y cruces que fue recibiendo como premio de sus trabajos, así como sus intervenciones en Congresos y Simposios, en donde se le consideraba como figura preeminente y ponía de manifiesto su ciencia⁽⁵⁾.

(4) Emilio GARCÍA GÓMEZ, «En el cincuentenario de la Escuela de Estudios Árabes de Madrid (1932-1982)», *Al-Qantara*, 3 (1982), pág. VIII.

(5) Ampliación de estos datos en Joaquín VALLVE BERMEJO, «En el ochenta cumpleaños de don Emilio García Gómez», *Al-Qantara*, 6 (1985), págs. 5-28; y del mismo, «Don Emilio García Gómez, conde los Alixares. In Memoriam», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 192 (1995), págs. 1-18. Agradezco al prof. Vallvé su ayuda bibliográfica.

Don Emilio, escritor por naturaleza

Ocasión es ya de referirme a un aspecto concreto de la actividad cultural de don Emilio. Y lo haré a través de mi propia experiencia como lector de la literatura; así, en general, *literatura* (o si se prefiere, *Buenas Letras* según el nombre dieciochesco que ampara nuestra Academia), porque mi propósito es resaltar la gran calidad de escritor que subyace en la obra tan variada de García Gómez. No siempre se da el hecho de que un científico (en este caso un filólogo arabista, que domina el árabe y la erudición de un sector de una literatura tan extensa), se exprese con la galanura y gracia, con la precisión y brillantez con que lo hacía don Emilio. Lo que cabe esperar es, en el mejor de los casos, una discreción suficiente y limitada, dentro de la peculiaridad de cada ciencia. Pero en este caso no ocurre así. Yo siempre emparejo a dos de mis maestros: reúno a Dámaso Alonso, que fue mi maestro cercano, con García Gómez, que lo fue de más lejos, pues no soy arabista. Ambos fueron, el uno junto al otro, amigos y compañeros en tantos aspectos, vivieron cerca o juntos sus respectivos afañes, y los dos fueron excelentes escritores en nuestra lengua española.

De lejos le venía a don Emilio esta vocación literaria que he de resaltar con mis palabras. Él lo dice en la advertencia preliminar de uno de sus libros: «...yo soy uno de los muchos casos de vocaciones literarias ahogadas, probablemente con razón, bajo el peso de las Facultades de Letras»⁽⁶⁾. Sí, los separa a Dámaso Alonso y a García Gómez una diferencia en esta misma vía. Y fue que don Dámaso se dejó arrastrar por esta vocación, en él probada en su juventud, y fue poeta declarado y decisivo en unos años críticos, y filólogo romanista e hispánico, a la vez. Don Dámaso sabía esto, y cuando en 1944 publicó *Hijos de la ira. Diario íntimo*, un libro necesario para entender la poesía de España en el siglo XX, puso a su amigo arabista al frente de esta obra con una dedicatoria testimonial: «A Emilio García Gómez por su amistad:

(6) Emilio GARCIA GOMEZ, *Silla del Moro y nuevas escenas andaluzas*, Madrid, Revista de Occidente, 1948, «Advertencia», pág. 7.

gracias». Don Emilio no dio el salto poético de don Dámaso, pero su nombre estaba allí, en la cabecera de un libro decisivo, y me atrevo a decir que él fue testigo de su escritura y confidente de los oscuros y profundos motivos poéticos que lo movían. Y aún contando con su afición y compromisos, García Gómez supo contenerse y lo que hizo fue tan sólo iluminar la filología profesional con su luz poética interior. Lo escribió don Miguel Asín Palacios, que supo intuir estos conflictos que baten el alma: «García Gómez es un caso típico de lealtad exclusiva a una vocación científica. Las sirenas de la política o de la literatura de creación (para la que no le faltan dotes lo mismo que para las otras ramas de la erudición histórica) lo han encontrado siempre sordo, y fiel a los estudios orientales, que son, por cierto, una de las órdenes investigadoras de más estrecha observancia, y en las que con mayor rigurosidad se cumple el voto de pobreza» ⁽⁷⁾. Estuvo cerca de los poetas, de los escritores de muy diversas clases, y supo atenerse a los límites que le imponía su disciplina intelectual. Y de esto tuvo siempre Don Emilio una lúcida conciencia, aunque en él estaba siempre latente (como fiera dispuesta para dar el salto sobre la presa) esta condición de escritor, de poeta, como había precisado don Miguel Asín. A veces, confuso por un homenaje que le ofrecían sus amigos, acababa por confesar estos temores; en Córdoba (1983), en su recepción como *doctor honoris causa*, dijo esto: «... el propósito que siempre me guió, aunque no lo haya conseguido, fue el de elaborar literariamente los temas literarios, del mismo modo que se dice que las cosas santas han de ser santamente tratadas (...) Al hacerlo, no sólo creo haber ventilado la erudición, sino también haber desfogado una vocación literaria, más o menos soterraña, que acabó por brotar de algunos de mis librerjos y que a temporadas (...) sale a relucir en los periódicos» ⁽⁸⁾. Y esta vocación le venía de lejos, desde sus años mozos; en el recuerdo biográfico que de él escribió hace poco don Joaquín Vallvé Bermejo, ⁽⁹⁾,

(7) M. ASIN PALACIOS, Contestación al discurso de EMILIO GARCIA GOMEZ, ob. cit. pág. 99.

(8) *Acto de investidura con el grado de Doctor «Honoris Causa» a don Emilio García Gómez*, Córdoba, Universidad, 1983, discurso de Emilio GARCIA GOMEZ, pág. 20.

(9) Datos procedentes de J. VALLVE BERMEJO, «Don Emilio García Gómez, conde de los Alixares», pág. 187.

indica que a los quince años su abuelo lo hizo socio del Ateneo de Madrid, a los dieciséis colaboró en *La Esfera* y publicó unos versos en la revista *España*. De ahí que la vena literaria le acompañase durante su vida, y lo notasen y precisasen sus contemporáneos; Laín Entralgo resumió así las cuatro cualidades más relevantes de la escritura de don Emilio: «la elegante llaneza, la bien medida sobriedad, la certera asunción del hablar popular y, consiguientemente, la cuidadosa limitación de toda pedantería pseudo-culta» ⁽¹⁰⁾. Y a esto yo añado un profundo sentido del ritmo de la lengua, aplicado tanto al libre discurso de la prosa como a la variedad de los versos, con un cultivo asiduo de la difícil prosa poética, según fuera el caso.

Pero esto lo hizo siempre de una manera contenida y discreta, acallando en lo posible las voces interiores del escritor que disponía de un instrumento tan templado como era su estilo literario. Y esto contando con que a veces se le escapa irreprímible esta condición suya que vive en el libro, con el libro, por el libro, oliendo el libro, como cuando, hablando de su labor como director (y limador y pulidor de su revista *Al-Andalus*), escribe: «Vivíamos borrachos del olor de la tinta de imprenta, que es el más inebriante perfume que he olido en mi vida» ⁽¹¹⁾. Creo que esta confesión descubre la irrefrenable llamada que sentía por los libros. E incluso a veces se ríe de ella, pues con la aguda sutileza con que adornaba su conversación y que se adivina en sus escritos, había declarado: «Me han hecho sospechoso hasta de inventarme lo que traduzco y en Londres han llegado a compararme con Arthur Waley, el monstruo sagrado de las traducciones (en su caso, japonesas) al inglés» ⁽¹²⁾. Tan pulida quedaba la versión para el lector, que parecía invención de primera mano, y en efecto, esta mención con Arthur Walley le acompañaría en algunas referencias de él y de su obra.

(10) «Homenaje a don Emilio García Gómez», Palabras de don Pedro Laín Entralgo, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 190 (1993), pág. 125.

(11) E. GARCIA GOMEZ, «En el cincuentenario de la Escuela de Estudios Arabes de Madrid (1932-1982)», art. cit., pág. 10.

(12) Emilio GARCIA GOMEZ, *Arabe en endecasílabos. Casidas de Andalucía. Poesías de Ben al-Zaqqaq*, nueva edición con un poema final de Rafael Alberti, Madrid, Revista de Occidente, 1976, pág. 16.

Don Emilio nos ilumina con sus libros

Quiero ahora relacionar esta condición de don Emilio con lo que yo mismo sentí al leer su obra en mis años de aprendizaje intelectual. Entonces cayó en mis manos un ejemplar de sus *Poemas arábigoandaluces* en la cuidada edición de la Editorial Plutarco de 1930. El libro apareció —indicativa sospecha— en una Colección que se titulaba «Autores contemporáneos», y aparentemente poco tenían de contemporáneo los poetas traducidos por don Emilio. En la colección habían precedido a este volumen otros dos: *La amante* de Rafael Alberti (editado ya antes en Málaga en 1926) y *El arte de birlibirloque* de José Bergamín. *Los Poemas* están publicados en papel de hilo, con el cuidado editorial que caracterizaba la impresión de la poesía en aquella época. Y este contorno fue signo que marcó literariamente la obra de aquel joven profesor de veinticinco años, que acababa de ganar en ese mismo año la cátedra de árabe de la Universidad de Granada. Probada erudición, sí, y al mismo tiempo afán por alinearse a su manera con Alberti y Bergamín en la vanguardia de la literatura de la época. Acertó don Miguel Asín cuando escribió de esta labor: «Y es que sus traducciones no tienen tan sólo un valor documental o histórico, sino que están re-creadas poéticamente y viven con propia vida estética y literaria»⁽¹³⁾.

García Gómez y la generación del 27

Y, en efecto, hay que reunir a García Gómez con el grupo o generación de 1927 en su aspecto literario y en otro, de orden intelectual. Laín Entralgo, que sabe mucho de generaciones, lo precisó hace poco en el Homenaje de la Real Academia de la Historia (1993), justificando la pertenencia de don Emilio a la generación de 1927. Esta generación fue no sólo literaria, sino que conmovió el conjunto de la cultura española en un esfuerzo por europeizar sobre todo el esfuerzo creador de la nación; y esto

(13) M. ASIN PALACIOS, Contestación al discurso de Emilio GARCIA GOMEZ, ob. cit., pág. 96.

ocurrió, por ejemplo, con el filósofo Zubiri y con el médico Jiménez Díaz, etc. Ligeramente anteriores fueron Falla y sobre todo Ortega y Gasset, y Marañón. Y todos, más o menos, venían a coincidir en que eran buenos escritores. Y más cerca de don Emilio quedaban los mismos poetas y sus familias, como los García Lorca y los Alberti. García Gómez convivió con los escritores del grupo en las reuniones literarias y tertulias (incluso, las toreras con Cossío). A través del lujo metafórico de los poetas árabes, su erudición armoniza con el descubrimiento de Góngora, obra en parte de su amigo Dámaso Alonso. El propio don Emilio se refirió así a este influjo generacional: «Aunque nunca he tenido demasiada fe en la teoría de las generaciones, hay que rendirse a la evidencia» ⁽¹⁴⁾. Y eso fue lo que le ocurrió, que su vida y su obra están entremezcladas con la actividad de una de las generaciones más activas en el curso de la cultura española y fundamental para entender la literatura de nuestro siglo.

Una cala en la gracia poética de García Gómez

Y con esto reempiendo lo que quería que fuese mi declaración personal en relación con la obra de García Gómez: aún recuerdo la fulminante impresión que me produjeron sus *Poemas arábigoandaluces*. Por una parte me sorprendió la obra como una pieza con valor poético por sí misma; y por otra, la repercusión del sentido histórico que acompañaba a la iluminación percibida. Quiero leer dos de estos mínimos poemas, en memoria del maestro recordado, para que su presencia sea más viva entre nosotros:

La tormenta

Cada flor abría en la oscuridad su boca, buscando las ubres de la lluvia fecunda.

Y los ejércitos de las negras nubes, cargadas de agua, desfilaban majestuosamente, armadas con los sables dorados del relámpago ⁽¹⁵⁾.

(Ben Suhayd, de Córdoba, 992-1034)

(14) E. GARCIA GOMEZ, «En el cincuentenario de la Escuela de Estudios Arabes de Madrid (1932-1982)», art. cit. , pág. VI.

(15) Tomo el texto de Emilio GARCIA GOMEZ, *Poemas arábigoandaluces*, Madrid, 1959, cuarta edición, pág. 101. n° 48; en la edición de la Editorial Plutarco, Madrid, 1930, este poema está en la pág. 73, n° 27.

Y este otro poema:

La barca

Apareció la barca como un nadador que avanzaba sin contraer los pies rígidos, veloz como el sacre que se abate asustando al milano.

Parecía un pupila que contemplaba el aire, orillados los párpados por las pestañas de los remos ⁽¹⁶⁾.

(Abu-l-Hachchacha al-Munsafí, de Almuzafes en Valencia, s. XIII).

Aquello, que tanto me sorprendía, había sido escrito en el suelo de esta misma España en los siglos XI y XIII. Ya avisaba García Gómez que la colección se basaba sobre todo en un códice de Ben Said «que es cabalmente una antología de fragmentos metafóricos» ⁽¹⁷⁾, es decir, como recortes poéticos, pero viruta poética de parecida intensidad yo la leía en las greguerías de Gómez de la Serna. No se trataba de páginas de una historia objetiva sobre Al-Andalus, sino de chispillas poéticas del pueblo árabe que habían sido escritas por sus poetas sobre nuestro suelo con una peculiar frontera por medio y por dentro en sus almas. Y había sido una relación larga y compleja que Ortega y Gasset, gran amigo de García Gómez, había resumido así en el prólogo de una de las obras del arabista: «... nuestra sociedad ha convivido durante siglos con esa sociedad andaluza, piel contra piel, en roce continuo de beso y lanzada, de toma y daca, de influjo y recepción» ⁽¹⁸⁾.

Gracias a las ediciones de estos *Poemas arabigoandaluces* muchos españoles y gentes de otras lenguas, a través de sus versiones al inglés y al italiano, nos asomamos por vez primera a un aspecto insólito de la cultura árabe. Si esto sucedió en la década de 1930 a 1940, luego, después de la guerra civil, en circunstancias históricas muy diferentes, con la edición de 1940 de la colección Austral, en cierto modo, de divulgación, ocurrió otro tanto.

(16) Idem. pág. 142, n° 110; en Madrid, 1930, pág. 111, n° 57.

(17) Idem. pág. 13. El códice lo publicó luego completo en *El libro de las banderas de los campeones*, (1942).

(18) José ORTEGA Y GASSET, prólogo de Ibn HAZM DE CORDOBA, *El collar de la paloma. Tratado sobre el amor y los amantes*, traducido por Emilio GARCIA GOMEZ, Madrid, Alianza Editorial, 1971, tercera edición, pág. 11.

Lo testimonia González Palencia en el discurso de recepción de don Emilio en la Real Academia Española: «Todo el mundo culto español lee hoy a los poetas árabes a través de las versiones de García Gómez. Él ha puesto de relieve el valor estético de estas difíciles composiciones, encuadrándolas justamente dentro del ámbito de la cultura que las produjo» ⁽¹⁹⁾.

Este es el efecto de las ondas generacionales que nos empujaban, a mí y a otros muchos españoles de mi época. Aquellas lecturas, no sé por qué tampoco, me aseguraron en mi propia vocación por la literatura española; su resonancia me aficionó más a la poesía en mi lengua, sostenido por la maestría literaria de García Gómez al verter estas piezas, desconocidas y ajenas para mí hasta entonces. Y seguí adelante con Aleixandre, Guillén, Salinas, Cernuda y tantos otros; era la corriente de las generaciones en la que me hallaba inmerso. Pienso en que el mío no fue un caso aislado, y otros podrán corroborar esta experiencia que nos conduciría a muy diferentes cometidos vocacionales en campos muy distintos. Y estoy seguro de que la lectura del libro pudo valer a algunos para encender una vocación poética adolescente, no en mí —que soy negado al verso—, sino en los que su afición literaria se orientaba hacia la obra creadora; yo tomé la senda empinada de la erudición literaria.

García Gómez, maestro del comparatismo literario

Más adelante, cuando ejercía mi profesión de profesor de literatura, García Gómez volvió salirme al paso y siempre percibía el mismo ejercicio de su maestría literaria, fundada en la ciencia. Entonces por otras vías me había incorporado al grupo de los que

(19) Contestación de Angel GONZALEZ PALENCIA al discurso de Emilio GARCIA GOMEZ, *Un eclipse de la poesía en Sevilla*, Madrid, Real Academia Española, 1945, pág. 91. Lo que aquí confieso en cuanto a mi experiencia personal, lo expuso también José Guerrero Lovillo, compañero mío durante tantos años en la Universidad hispalense: «Como un tesoro guardo yo la primera edición, tan noble y elegante, de ese libro (los **Poemas arabigoandaluces**) que lanzó la Editorial Plutarco por los años 30, allá en mi lejana adolescencia y que tan hondamente me impresionara». *Acto solemne de la Investidura de Doctor Honoris Causa por la Universidad Hispalense del Excmo. Sr. Don Emilio García Gómez*, Sevilla, Universidad, 1984, pág. 15.

entendíamos que el comparatismo era un método aplicable a un gran número de estudios en la literatura española. Esto, que había sido una aspiración europea, a través de una incipiente teoría de la literatura (el manual de Paul Van Tieghem *La Littérature Comparée* es de 1931), fue lo que hizo García Gómez en el campo del arabismo al doctorarse en 1926 con el estudio de un cuento, fuente común de Abentofail y Gracián; y al publicar poco después, en 1929, un texto árabe occidental de la leyenda de Alejandro. García Gómez acertó al tomar este camino. No olvidemos sus amplios medios; conocía también el latín y fue gran aficionado a Horacio. Y todo esto lo aplicó a nuestra España: su conocimiento del árabe y su dedicación al espacio de Al-Andalus. Fuimos un país fronterizo, y en nuestro suelo habían ocurrido hechos fundamentales en cuanto a la comunicación literaria. Lo testimonia el descubrimiento —relativo— y la valoración —discutida— de las jarchas mozárabes, que eran testimonios de una tempranísima poesía mínima del pueblo mozárabe, del orden del canto universal del amor femenino, conservada en parte en piezas árabes ⁽²⁰⁾. Pues allí (aparte de las cuestiones filológicas implícitas) está la labor de García Gómez, traduciendo en hermosa forma española la complejísima expresión árabe que rodea y envuelve la jarcha mozárabe ⁽²¹⁾. El material estaba ahí, de un modo fragmentario y disperso, y se necesitaba quien supiese tratarlo. Y para esto resultó clave lo que vengo diciendo y que expuso con gran tino quien le conocía a fondo, pues fue su maestro de elección, don Miguel Asín Palacios, en la contestación a su discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia; «Y es que si toda traducción, para ser exacta y fiel, ha de constituir una verdadera re-creación, tratándose de textos poéticos esa necesidad es mucho más impres-

(20) El problema, muy debatido, está expuesto con claridad por Alvaro GALMES DE FUENTES, *Las jarchas mozárabes. Forma y significado*, Barcelona, Critica, 1994. Véase también *Poesía estrófica*. Actas del Primer Congreso Internacional sobre *Poesía Estrófica Árabe y Hebrea y sus Paralelos Romances*, Madrid, Universidad Complutense e Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe, 1991.

(21) Emilio GARCÍA GÓMEZ, *Las jarchas romances de la serie árabe en su marco*, edición en caracteres latinos, versión española en calco rítmico y estudio de 43 moaxajas andaluzas, Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1965. Y añadase, en defensa de sus propuestas, el combativo artículo "El escándalo de las jarchas en Oxford", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 188, 1991, págs. 1-104.

cindible, porque, si el traductor no es a su vez un verdadero poeta, difícilmente logrará traspasar a las palabras de su lengua el sutil aroma espiritual que las traducidas encierran y sugerir en el alma del lector emociones análogas, ya que no idénticas, a las del original (...) García Gómez posee esa maestría sugeridora, porque a las dotes de erudito y filólogo la Providencia ha unido en su espíritu, con mixtura de excepción, las calidades de poeta» ⁽²²⁾.

Y esta es una labor que en este aspecto don Emilio realiza de una manera consciente y, en cierto modo, profesional, manifestándose al mismo tiempo como escritor de ley. Así lo expone en el prólogo de un libro que se titula significativamente *Árabe en endecasílabos*. No se le oculta la dificultad que implica el mismo título, y por eso comienza declarando que la traducción poética es «teóricamente imposible» ⁽²³⁾; sin embargo, el acercamiento al texto de origen sí es posible, y en esto reconoce dos partes en la sucesión de su labor traductora. Una va de 1924 a 1949, con traducciones en prosa casi todas de autores de poesía árabe de corte clásico (a la manera de los *Poemas arábigoandaluces*); y la otra corre desde 1949 hasta el fin de sus días, con traducciones del género estrófico, moaxajas y zéjeles, establecidas sobre lo que él llama «calco rítmico» o reproducción lo más fiel posible del número de sílabas y acentos, aunque de ordinario sin rimas (a la manera de *Todo Ben Quzmán*) ⁽²⁴⁾. La primera manera le permitía mayor libertad literaria; la segunda le imponía la disciplina de un mayor acercamiento formal a un sistema anacrónico, de formas artificiosas.

Y entre ambas partes, García Gómez sitúa las versiones en nuestro verso endecasílabo. ¡Ah, y cómo siente el múltiple latir rítmico de este verso!; motivo hay porque reconoce que «los españoles llevamos más de cuatro siglos (en realidad, más) con la melodía del endecasílabo metida en el tuétano» ⁽²⁵⁾. Y él mismo lo demuestra haciendo experimentos, como cuando al verter el poemilla de Ben Suhayd que hace poco leí, después añade otra ver-

(22) M. ASIN PALACIOS, Contestación al discurso de Emilio GARCIA GOMEZ, ob. cit. págs. 94-95.

(23) M. GARCIA GOMEZ, *Arabe en endecasílabos...* ob. cit., pág. 16.

(24) Idem, pág. 17.

(25) Idem. pág. 20.

sión en un relativo calco rítmico en alejandrinos y luego otra en endecasílabos así de trepidantes:

La tormenta

Cada flor en la sombra mama hambrienta
de las ubres colmadas de las nubes,
que pasan cual etiope hueste, armada
con los dorados sables del relámpago ⁽²⁶⁾.

García Gómez reconoce que las dos maneras referidas son buenas y le han permitido ejercitar aquella vena poética que quiero mostrar. De la una dice: «La poesía arábigoandaluza de tipo clásico me ha dado continuos años de ocupación técnica, muchas satisfacciones y, al mismo tiempo, verdadero placer personal» ⁽²⁷⁾. De la otra escribe algo muy diferente: «Abrir la colección de zéjeles de Ben Quzmán es dar paso a un cuchillo de aire fresco que ventila los olores y arrastra las pegajosas miasmas de esa atmósfera viciada» ⁽²⁸⁾. Y de sus versiones en endecasílabos añade que la poesía provinciana, la de Al-Andalus, la del libro que él titula intencionadamente «árabe en endecasílabos», merecía ser salvada: «Lo merecía, y lo que siento es no haber sido capaz de haberlo traducido con más brío. En todo caso, «salvarlo en endecasílabos» (cuando lo hice no pensé en ello, pero pude obedecer quizá a un instinto soterrano) lo salva mejor, porque se diría que es occidentalizarlo y en lo factible, apropiárnoslo y hacerlo más entrañablemente nuestro» ⁽²⁹⁾.

Occidentalizarlo: esa es la palabra clave. Lograr que, por el arte literario del traductor, la poesía árabe quede, al menos para los españoles, accesible en la mayor medida posible. Y esto en un grado superior a lo que habían hecho Gaspar María de Nava Alvarez de Noroña, conde de Noroña, en sus *Poesías asiáticas (árabes y persas)*, (París, 1833), y Juan Valera en las versiones que contiene su traducción de la *Poesía y arte de los árabes de España y Sicilia* de Adolfo Federico de Schack (Madrid, 1867-71).

(26) Idem. pág. 23.

(27) Idem. pág. 25.

(28) Idem. Pág. 25.

(29) Idem. pág. 26-27.

El puente hacia la métrica española

Y por esta vía don Emilio se introdujo desde los estudios árabes hasta la investigación de la misma poesía española, en el aspecto de la métrica, que había dejado asegurado desde otro punto de vista Tomás Navarro Tomás, otro investigador como él de su generación. Ya he citado una de las obras más importantes de García Gómez, la titulada *Todo Ben Quzmán*, el gran zejelero andaluz ⁽³⁰⁾. El zéjel reviste como forma métrica una poesía de fronteras, en la que elementos cristianos se interfieren con la obra árabe. Es una hibridación áraberromance, de una métrica peculiar, distinta de la clásica. Y de nuevo don Emilio la interpreta y vierte con maestría según el criterio que indiqué. Y resulta que la métrica de esta poesía «proindivisa», como él la llama, sirve y se adapta para la exposición del sistema de una métrica aplicable al verso español, como resalté en una reseña mía a este libro ⁽³¹⁾.

Todos los que hemos trabajado en la métrica española quedamos entonces expectantes; la erudición reunida en esta parte, tocante a nuestro dominio del español, hacía esperar que don Emilio dedicase un libro decisivo a esta cuestión. Y así fue; en la memoria de Joaquín Vallvé ya mencionada entre los estudios inéditos que de él han quedado se consigna uno sobre «métrica española», y otro sobre «la métrica de las cantigas de Alfonso el Sabio» ⁽³²⁾. He aquí otra vía, por desgracia inacabada, de esta actividad de García Gómez dentro de la literatura española, consecuencia de

(30) *Todo Ben Quzmán*, editado, interpretado, medido y explicado por Emilio GARCÍA GÓMEZ, Madrid, Gredos, 1972, tres tomos.

(31) Francisco LOPEZ ESTRADA, reseña bibliográfica del anterior libro en la *Revista de Filología Española*, 55 (1972), págs. 323-333.

(32) J. VALLVE BERMEJO, «Don Emilio García Gómez, conde de los Alixares» art. cit., pág. 200. El propio don Emilio me escribió en fecha de 4 de febrero de 1974 esto que confirma la mención de J. Vallvé: «Tengo muy abandonado mi librito sobre «Nuevo sistema y notación de métrica española», aunque no sería muy largo y está en muy buena parte escrito; pero su opinión —se refería a la reseña indicada en la nota anterior— y deseo de verlo son para mí un fuerte espolazo que acaso me hagan ultimarlos pronto». Lamentamos los que hemos seguido esta vertiente hispánica de García Gómez que otros trabajos de su campo árabe se le interpusieron en este cometido. Otros estudios publicados por Don Emilio sobre Literatura española y su contorno comparatista se encuentran consignados en la bibliografía del mencionado profesor J. VALLVE BERMEJO en el mencionado artículo «En el ochenta cumpleaños de don Emilio García Gómez», especialmente págs. 23-25.

una vocación por el hecho poético en sí mismo, que desde la lengua de su estudio lo vuelve a la suya propia.

La prosa de los tratados: «El Collar de la Paloma»

Dejemos el verso y pasemos a la prosa de los tratados. Y en este dominio García Gómez nos ha dejado entre otras obras, una joya, la traducción de *El collar de la paloma o tratado sobre el amor y los amantes*, de Ben Hazám de Córdoba ⁽³³⁾. Además de las ediciones árabes, la obra había sido vertida al inglés, ruso, alemán, italiano y francés, y García Gómez la pasó al español titulándola significativamente también «elegía andaluza». Escribió Dámaso Alonso sobre este libro que «lo que de él se exhala es poético, esa vaga mezcla de color, aroma, música triste y sensual, de la Andalucía eterna» ⁽³⁴⁾. Es un libro sobre el amor udrí, casto y total, y Ortega y Gasset en la introducción al mismo y también García Gómez plantean el insondable abismo de su relación con el amor cortés europeo. No entro en la dificultad de la concepción de este amor expuesto por Ben Hazám, sino en la gracia de la fluyente prosa de García Gómez; la claridad y precisión de esta prosa, que de tanto en tanto arropa versos que la cifran, es la aportación del traductor, cuya disciplina intelectual es compatible con el primor de la lengua en que se vierte la obra.

La prosa original

Y termino con el caso en que García Gómez se decide a escribir por su cuenta, más allá de su servicio a la Filología y de su gran acierto en la traducción. Esto se encuentra en el libro titulado *Silla del moro y nuevas escenas andaluzas*. La primera parte está dedicada a Granada; del libro dice que «pretende ser un reflejo de los inolvidables días que viví en Granada y sobre todo en la Alhambra durante los movidos años (...) de 1930 a 1935» ⁽³⁵⁾:

(33) Ibn HAZM DE CORDOBA, *El collar de la paloma...*, ob. cit., traducción en las págs. 91-311, precedida de los citados prólogos de Emilio GARCÍA GÓMEZ y José ORTEGA Y GASSET.

(34) Dámaso ALONSO «Notas inconexas sobre *El collar de la paloma*», (1953), *Obras completas*, Madrid, Gredos, 1972, II, pág. 17.

(35) E. GARCÍA GÓMEZ, *Silla del moro...*, ob. cit., pág. 8.

todo él es, lo confiesa, un piropo a la ciudad ⁽³⁶⁾, bien merecido y dicho. Lo completan unas impresiones andaluzas, procedentes de artículos periodísticos. Y es la otra faceta que quiero destacar; la habilidad de encerrar en el breve espacio del artículo el apunte de una realidad contemplada y vivida por el escritor; es un leve comentario, sostenido por esa agudeza que sabemos que poseía don Emilio, manifestada en su conversación y que a veces animaba su espíritu polémico, como lo ha dejado bien demostrado en la defensa de sus puntos de vista. Y esa brevedad la lograba quien había escrito las mil y quinientas páginas del *Todo Ben Quzmán*, cuando así había sido necesario. Creo que en estos artículos hay apreciaciones de valor, juicios agudos, impresiones de un lector de gran experiencia, perspicacia y gracia. Yo mismo aprovecharé un fragmento de uno de ellos en el cierre de mi intervención. De este aspecto de su obra, el mismo don Emilio expresó un cierto escrúpulo: «Pero he de confesar también que esta pobre vena literaria mía se ha resistido tenazmente a desaparecer» ⁽³⁷⁾.

Acertó, y hay que decir que la vena nunca se perdió y fue para provecho de la misma Filología y de estas otras demostraciones de su condición literaria. Y ese fue el motivo de la lucha interior que siempre traía empeñada dentro de sí entre el filólogo y el poeta, que él sabía resolver con la gracia de la palabra conveniente y exacta.

Andalucía y don Emilio

Cierro mi intervención volviendo a nuestra Academia que quiso llamarse de *Buenas Letras* y que con cumplida razón eligió a don Emilio García Gómez como miembro de honor el 11 de octubre de 1985, hace casi diez años justos.

Sevilla, como Granada y Córdoba, han sido ciudades señeras para don Emilio. Y las Universidades de las tres ciudades tuvieron la iniciativa de nombrarlo *doctor honoris causa*; es un triángulo mágico que encierra cuanto fue la ocupación académica y la

(36) Idem, pág. 8.

(37) Idem, pág. 7.

preocupación espiritual de don Emilio. En la de Sevilla lo recibió como padrino el profesor don José Guerrero Lovillo, quien glosó con palabra galana la vida y obra de García Gómez. Don Emilio, como es lo protocolario en estos casos, contestó agradeciendo el honor y al mismo tiempo, como era de esperar, habló de Sevilla. Sevilla era para él «la ciudad soñada»⁽³⁸⁾; y recoge en estos términos la impresión que le produjo: «... la encontré siempre anti-quísima y moderna, urbana y labradora, señorial y popular, apasionada e indiferente, tocada de inasible gracia»⁽³⁹⁾. Y en el discurso tiene ocasión de hablar de Córdoba y Granada y referirse a la larga historia de Sevilla. ¡Con qué agudeza señala que los árabes, sus constructores, sólo pudieron gozar cincuenta años de la Giralda! Y luego comenta así el coronamiento cristiano de la torre: «Con ello acabó una simbiosis de arte que, usando el término con que designó la poesía estrófica arabigoandaluza, llamaríamos *proindiviso*. En todo ha tenido suerte la Giralda para llegar a ser la más hermosa torre del mundo»⁽⁴⁰⁾.

Por fortuna, esto no es todo: tenemos la suerte de conservar un discurso que pronunció en un almuerzo que le ofrecieron los sevillanos de Madrid el 8 de Junio de 1978. Allí, en forma más amistosa, como si estuviese en una de las tertulias a las que tanto le gustaba asistir, resume su vivencia de Sevilla, las ocasiones en que vino y cómo fue penetrando en el alma de la ciudad a través de las piedras y de los hombres. Hombres que ya sólo son nombres, recuerdos en la memoria de los presentes. Uno de ellos, en el que consideró encarnado el espíritu de Sevilla, fue Joaquín Romero Murube, gran amigo suyo y al que llamó «alcaide del Alcázar, como el genio benéfico de los cuentos árabes». Refiriéndose al prólogo a una Colección de poesías de Romero Murube, García Gómez escribió en un artículo lo que para mí es una adivinación poética del conjunto de Andalucía, y lo hace con la imaginiería vegetal de los árabes andaluces: «La alcachofa tiene muchas hojas, las Andalucías son muchas. Hay la bravía, la montaraz, la

(38) Acto Solemne de la Investidura de Doctor Honoris Causa por la Universidad Hispalense del Excmo. Sr. D. Emilio García Gómez, ob. cit. pág. 25.

(39) Idem, pág. 27.

(40) Idem, pág. 37.

estrepitosa, la esteparia, la marinera, la que aún tiene regusto manchego, entre tantas otras. Pero Andalucía propiamente dicha —el corazón de la alcachofa— no hay más que una, que es la de Joaquín Romero Murube, la finísima Bética» (41).

Y hay que añadir otros nombres, que cito tal como él lo hace: el «inolvidable» Juan Lafita; «un sevillano tan ilustre como Juan Ignacio Luca de Tena»; el «sevillanísimo Manuel Halcón»; la «encantadora María Teresa Pickman»; y otros más a los que don Emilio recuerda (42). Y revisando la historia de Sevilla acaba diciendo que, a través de los siglos, romanos, árabes y cristianos mantuvieron a Sevilla en el estado de «la ciudad de la gracia» (43).

Que la memoria de esta ocasión sea, al menos por mi parte, en el sentido de esta gracia espiritual de Sevilla que don Emilio se empeñó en desvelar, otro testimonio para recordarlo en un aspecto determinado: en el de su condición de probado escritor en nuestra lengua, considerando que gran parte de su vida y de su obra la volcó en cuerpo y alma sobre Andalucía. Él se lo dijo a los sevillanos de Madrid: «Mucha gente me tiene por andaluz...»; y prosigue con un evidente guiño de picardía y confabulación: «... y yo dejo decir» (44).

Ya muy al fin de su fructuosa vida, S.M. el Rey don Juan Carlos preguntó a García Gómez por el nombre que quisiera que acompañase el título de nobleza que quería concederle para premiar su laboriosidad cultural. Y don Emilio eligió el de conde de los Alixares, palabra que, con la de Alhambra, le había acompañado en Granada y a la que había dedicado parte de sus últimos años escribiendo el bellissimo libro de los *Poemas árabes escritos*

(41) Emilio GARCIA GOMEZ, «Poesía andaluza en Europa», ABC, edición de Sevilla, 29 de enero de 1954. Otros aspectos de la relación entre la obra de Joaquín Romero Murube y la repercusión de las traducciones de García Gómez se encuentran referidos en la tesis doctoral de Matilde SAGARO FACI, *Joaquín Romero Murube: vida y obras*, presentada en la Universidad de Sevilla en febrero de 1977. Véase también Joaquín ROMERO MURUBE, *Verso y prosa*, prólogo y selección de Francisco LOPEZ ESTRADA, Sevilla, Edición Homenaje al autor del Excmo. Ayuntamiento de Sevilla, 1971, en el prólogo, en especial pág. 35.

(42) Emilio GARCIA GOMEZ, «Discurso a los sevillanos de Madrid», art. cit. menciones de las págs 28-29.

(43) Idem, pág. 32.

(44) Idem, pág. 27.

en las paredes y fuentes de la Alhambra. Y, en efecto, allí, en el cementerio de San José, sobre las ruinas del palacio árabe de los Alixares, cerca del Generalife y la Silla del Moro, Emilio García Gómez, el conde de los Alixares, descansa en la paz del Señor, cubierto por la tierra andaluza.